



Question

Periodismo / Comunicación
ISSN 1669-6581

Esta obra está bajo una
Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-Compartir Igual
4.0 Internacional



¿Pablo Mármol o Mafalda?

La Infancia *queer* de un *pai-de-santo* en la Argentina de los años sesenta

Question/Cuestión, Nro.69, Vol.3, agosto 2021

ISSN: 1669-6581

URL de la Revista: <https://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/>

IICom -FPyCS -UNLP

DOI: <https://doi.org/10.24215/16696581e566>

¿Pablo Mármol o Mafalda?

La Infancia *queer* de un *pai-de-santo* en la Argentina de los años sesenta

Barney Rubble or Mafalda?

The queer childhood of a pai-de-santo in the Argentina of the sixties

Pablo Maximiliano Ojeda

Instituto de Investigación en Estudios de Género; Facultad de Filosofía y Letras; Universidad de Buenos Aires / Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas.

Argentina

loscaballeroslaprefierenrubia@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0003-3218-4142>

Resumen

Este trabajo se inserta en el análisis de las infancias *queer* en la Argentina de los años sesenta. Siguiendo el método etnográfico y valiéndose de la historia de vida de Genaro, un *pai-de-santo* afrobandista del conurbano bonaerense, el artículo recorre las representaciones de

la infancia *queer* a través de su testimonio, en conexión con la revisión de dos personajes muy populares entre el público infantil y familiar de la década: Pablo Mármol y Mafalda. En una era previa a las políticas de la identidad y los avances en materia de derechos individuales que vendrían más tarde para la comunidad LGBTIQ+, los niños no heteronormativos hallaban en estos productos de la cultura de masas, formas de representación que en uno u otro sentido posibilitaban modos de subjetivación.

Palabras clave: infancia; queer; años sesenta; Argentina; historia de vida.

Abstract

This work is inserted in the analysis of queer childhoods in Argentina in the sixties. Following the ethnographic method and using the life story of Genaro, an Afro-umbandista pai de santo from the Buenos Aires conurbation, the article explores the representations of queer childhood through his testimony, in connection with the review of two very popular characters among children and family audiences of the decade: Barney Rubble and Mafalda. In an era prior to identity politics and the advances in individual rights that would come later for the LGBTIQ+ community, non-heteronormative childrens found in these products of mass culture, forms of representation that in one sense or another enabled modes of subjectivation.

Keywords: childhood; queer; sixties; Argentina; life stories.

Primer encuentro

Genaro de Oxum, es pai-de-santo o “jefe” como lo llaman sus *hijos de religión*. Dirige un templo afroumbandista que funciona en el fondo de su casa, ubicada en un paraje de difícil acceso en la zona norte del conurbano bonaerense, donde se funden las localidades de Don Torcuato e Ingeniero Adolfo Sordeaux. La primera vez que fui a entrevistarlo, gasté todos mis datos de celular en Google Maps, intentando ubicar el lugar. Caminé durante tres cuartos de hora sin entender demasiado donde estaba ni hacia donde me dirigía, ya que las coordenadas pasadas previamente vía comunicación telefónica no coincidían con lo que avistaba en ese momento y me sentía ante el mismísimo portal de un *suburbio problemático* (Bourdieu, 2002). «La zona es linda y tranquila, si te bajás en la estación son un par de cuadras, es un paseo agradable».

Las calles aledañas a la locación exacta a la que me dirigía, ondulan caprichosamente, en un típico proceso suburbano de conversión de barrio de clase media, hacia uno de características más bien populares. A punto tal que me preguntaba, a la De Certau (2000), si la inmensa variedad de texturas, que observaba era algo más que una representación, un mero artefacto óptico. En este sentido, la línea divisoria entre uno y otro, se encuentra constituida por una ancha, gris y concurrida avenida que conoció tiempos mejores, por la que circulan apresuradamente –a las cinco de la tarde–, autos particulares, medios de transporte público y personas de todo tipo. Una vez que se la atraviesa en dirección oeste, el paisaje visual cambia notoriamente, surgen frentes sin revoque, techos con maderas tirantes y chapas a la vista, colores estridentes en rejas y ventanas, y una numeración de altura garabateada grotescamente con pintura, en forma directa sobre las puertas. La población canina crece considerablemente –en forma proporcional a la que disminuye la de árboles–, y el asfalto, una constante prolija en el recorrido desde la estación de tren hasta la arteria, se torna difuso y gastado, como si hubiera sido colocado allí mucho tiempo atrás, para olvidar luego todas las formas de su mantenimiento en condiciones.

El límite entre calle y vereda no resulta claro, por lo que uno no sabe exactamente por donde transitar, alternando, según las condiciones de una u otra, entre ambas, y esquivando charcos, barro y desperdicios de todo tipo. Observando minuciosamente estas numeraciones artesanales, y ayudado por mi celular y un plano inútil que había dibujado en una hoja de papel antes de salir, me encontré finalmente frente a la casa de Genaro. Ésta, no se diferenciaba de las demás, con excepción de su tamaño que, a juzgar por el metraje del frente y una planta alta, resultaba notablemente más grande que el resto. Pintada de un descolorido rosado, y con varias macetas rojas y verdes bajo las ventanas cerradas, presentaba un cierto halo amigable de antaño, era como uno imagina de niño que son las casas de las abuelas. Toqué varias veces el timbre inútilmente, hasta que decidí anunciarme por celular. «Pasá por el costado, estoy en el fondo»; empujé un portón de madera y alambre, siguiendo las indicaciones... y entré.

Genaro salió a mi encuentro extendiendo los brazos y luciendo una expresión de asombro. «Te hacía mucho más jovencito –me dijo– ¡Tenés una voz de nene por teléfono!». Y la verdad es que la impresión etaria fue mutua, porque no sé si el timbre, pero la cadencia del *pai de santo*

al hablar era fresca, y con una suerte de neutralidad en el acento, que hacía que uno no pudiera determinar inmediatamente su origen. Atravesamos un cuidado jardincito que separaba la casa del frente, del espacio cerrado hacia el que nos dirigíamos, intercambiando frases intrascendentes sobre el clima, el funcionamiento de los trenes, el gusto por las plantas, y no recuerdo que otra cosa. Como iba detrás, y con la ventaja de no ser observado, aproveché el momento para estudiar a mi interlocutor grabando mentalmente cada detalle de su aspecto. Tendría unos cincuenta años, vestía pantalones holgados pulcramente blancos de tela liviana, como esos que usan los trabajadores de la salud, zapatillas deportivas color gris sin medias, también impecables, y una riñonera, estampada con *emojis* de WhatsApp. Durante la conversación posterior descubrí que allí llevaba siempre los cigarrillos y el encendedor, ya que según me dijo, era bastante despistado, y había optado por ese práctico método para no perderlos. Pero lo verdaderamente llamativo era la prenda que le cubría el torso. Nunca fui bueno para determinar géneros textiles, pero se trataba de una especie de terciopelo elastizado, de color verde oscuro brillante, con flores bordadas –¿rosas?– en la misma gama, pero un tono más claro. Un pañuelo violeta le rodeaba el cuello, fundiéndose en su nuca con unos cabellos semilargos y teñidos de amarillo claro, que vistos por detrás, desmentían la calvicie evidente que Genaro presentaba cuando se lo miraba de frente. Ángulo desde el cual, se obtenía de él una instantánea indefinida, como de cierta androginia, por la ausencia absoluta de barba y la escasez extrema de cejas y pestañas, que enmarcaban poco y mal, un rostro regordete, rosado y brillante, que evidenciaba el abuso de cremas y cosméticos para el cuidado de la piel, lo cual parecía dar resultado, a juzgar por la ausencia de arrugas faciales en un hombre de su edad.

«Bienvenido al *ilé* (1), bien recibido seas por tu *axé* (2)», dijo entre divertido y solemne, mientras empujaba una pesada puerta de dimensiones extraordinarias y me ofrecía algo para tomar. Entramos a un galpón de ladrillo hueco sin revocar, pintado de blanco y con techo de madera y chapa, que también me sorprendió por su tamaño. Era un rectángulo considerable, que se extendía varios metros hacia el fondo, y me recordó inmediatamente a la atmósfera fría y deprimente que presentan las discotecas vacías durante el día, desprovistas de la música, la danza, los colores, la diversión y los excesos que las caracterizan. Esta asociación inmediata, probablemente se debía a que del techo colgaban unas largas telas blancas, y en una parte, se observaban instalados reflectores y luces de colores diversos. Flotaban en el aire restos de

aromas variados, difíciles de identificar, tal vez una mezcla de perfume, fruta, sahumero y colillas de cigarrillo. Junto a la puerta, había tres bolsas de consorcio grandes, repletas y aun sin cerrar, y en una de las paredes laterales, se hallaba una tarima hecha con *palets*, a unos treinta centímetros del suelo, y sobre ella, varios caballetes y tablas de madera.

El *pai-de-santo* me contó que unas noches atrás habían tenido sesión, y que no me había invitado, porque prefería conocerme personalmente antes pero que: «este viernes no, porque estamos haciendo cada quince días, pero el otro te espero... Ahora vamos a la casa, que te prometí un café ¿o tomabas mate vos?». Opté por la segunda oferta, y cerrando la puerta pesada, abandonamos el templo dirigiéndonos hacia la casa rosada de adelante. En este breve camino de regreso, pude identificar varias de las especies que antes llamaran mi atención por lo bien cuidadas: malvón, lazo de amor, ficus, margaritas y un limonero, entre otras. Cuando entramos a la casa principal por la puerta trasera, un perro de raza pequeña, de pelaje negrimarrón, ladraba y movía la cola a la vez, dando la bienvenida a su dueño y mirándome con desconfianza «Es la Mai, no hace nada... en un rato la vas a tener encima. ¡Mai, no moleste al invitado!». Estábamos en la cocina, un espacio amplio y agradable, con vista al jardín y muy bien equipado, que en cierto modo contrastaba con el resto del conjunto, que resultaba más bien precario. Mi anfitrión me invitó a sentarme en una silla de mimbre y yo, que no me animaba aun a grabar la entrevista, pregunté si podía tomar notas apoyando mi cuaderno sobre una mesa redonda cubierta por un mantel de hule de cuadros rojos y blancos, salpicado por pequeñas quemaduras circulares. En las horas que siguieron, Genaro renovó el mate tres veces, fumó seis o siete cigarrillos y comenzó a contarme tranquilamente la historia de su vida. Este diálogo –entonces inaugural–, se repetiría muchas veces en los siguientes seis años que duró mi trabajo de campo. Cambiando algunas veces las sillas de mimbre de la cocina, por unos banquitos metálicos ubicados en el jardín si el clima acompañaba, continuando luego por teléfono o chat, cuando notaba que me faltaba algún dato importante o para coordinar un nuevo encuentro, e incluso en la infinidad de ceremonias a las que luego asistí. Pero ahora vayamos hacia atrás, es decir, empecemos por el comienzo.

Instantáneas de una infancia marica

Genaro tenía cincuenta y seis años (3), había llegado al país a principios de la década del sesenta cuando era sólo un niño desde Asunción del Paraguay, su ciudad natal. Su madre era hija de un argentino y una paraguaya. En nuestras conversaciones, no mencionará nunca a su padre, aunque sí a su abuelo, que al parecer actuó como tal, en los años que convivió la familia de cuatro integrantes luego de la llegada al conurbano bonaerense. «Esta casa era del él, así que cuando murió mamá me quedó para mí, porque mi hermana se casó con un tucumano y se fue a vivir allá». En su relato, deja entrever que si bien su infancia parece haber transcurrido sin mayores sobresaltos económicos, en otros aspectos las cosas no fueron fáciles. Se lo nota incómodo cuando le pregunto por la escuela, y sólo se limita a decir que abandonó porque a él no le gustaba, que los libros no eran lo suyo, y que eso no era problema porque nadie de su familia había estudiado nada formalmente. «Con decirte que mamá hablaba mejor el guaraní, pero el abuelo no quería saber nada... así que las pocas palabras que conocía se me fueron olvidando. Aunque no nací acá, yo soy argentinA». En esta primera conversación, me sorprenden tres cosas: cierta vergüenza por la condición social y el origen de su madre, un antiguo temor mezclado con respeto, hacia la figura de autoridad indiscutida de su abuelo, y que cuando se relaja Genaro comienza a referirse a sí mismo en femenino. Todas estas cuestiones resurgirán en los siguientes encuentros, aunque de la primera no hablará nunca en forma literal.

Es sobre la base de los deseos y de las intenciones que están en juego en cualquier conversación, pero sobre todo en la entrevista etnográfica, desde donde hay que plantear el tema de la objetividad y de la memoria. En este sentido, el objetivo de las entrevistas en profundidad, y particularmente de las historias de vida, no puede ser conocer “la verdad” sobre un hecho histórico o una situación social. La entrevista, como toda narración, es un constructo, y no deja de tener su lado *ficcional*, por más esfuerzo que el entrevistado haga en relatar los hechos “como fueron”. Varios autores abordaron estas problemáticas de las metodologías centradas en la experiencia subjetiva narrada como historia o como relatos de vida, tanto desde la antropología y la sociología, como desde la historia oral (James 2004; Arfuch 2002; Passerini 1987; Portelli 1991; Ferraroti 1991). No entraré aquí a discutir esta cuestión en profundidad, porque no es ese el objetivo central de mi investigación. Sólo quisiera retomar algunos puntos referidos al lugar de la narrativa en la construcción del sujeto, y a la forma en que es posible abordar las entrevistas y la reconstrucción de las experiencias vividas tomando

en cuenta no sólo el contenido de lo dicho, sino también la forma, que incluye los silencios, las repeticiones y las contradicciones, así como los gestos y la manera en que la palabra encarnada y la corporalidad, *dicen* mucho más de lo que nombran. Esta es la manera en la que leí, analicé y comenté la larga conversación que mantuvimos con Genaro en los últimos seis años. En razón de ello, resulta necesario mencionar que las multiplicidades presentes en el tono, volumen y ritmo del *habla popular*, están cargadas de significados implícitos y connotaciones, que son irreproducibles en el texto escrito (Portelli 1991). La reticencia migratorio-familiar-escolar de Genaro, desapareció por completo cuando el recuerdo viró hacia otro espacio del universo social de su infancia: la parroquia del barrio.

Ah sí, yo era muy creyente por influencia de mamá, que era devota de la virgen y tenía estampitas por toda la casa. Íbamos a misa todos los domingos, y también muchas veces en la semana...Ahí aprendí de todo, a coser, bordar, tejer, cocinar... era una señora más.

Para un niño afeminado de origen paraguayo, nacido a mediados de los cincuenta, perteneciente a una familia de clase trabajadora habitante del conurbano profundo, esos primeros contactos con *otros significativos* –por fuera de la familia nuclear–, representaban un ámbito no hostil, tal vez el único («ahí yo respiraba, podía mariconear tranquilo»), en el que el futuro *pai de santo* inicializará una construcción del mundo, de *su* mundo, y en donde hallará refugio y cierta libertad de movimiento, que le permitirán *sentirse* «una señora más», un ámbito de pertenencia más en sintonía con su verdadero deseo. Si la vida social “es una empresa de edificación de mundos, la religión ocupa un lugar destacado en esta empresa (...) existe una relación entre la religión y la edificación de mundos” (Berger 1971:13). En este sentido, un espacio social de extracción católica popular –la parroquia barrial en donde se reúnen las vecinas para tejerles bufandas a los más desfavorecidos, o intercambiar recetas de cocina–, recibe y contiene sin decirlo, la *performance de un niño marica* en los albores de su despertar sexual. Siempre, claro, que éste no lo haga explícito, y que el pudor se sume –en términos de Foucault–, a esa batería de mutismos que imponen el silencio a fuerza de callar.

¿Mi sexualidad? ¡Pero si ni existían las palabras! O no sé, no se sabía... no se hablaba de esas cosas... Por ahí, la gente del centro [se refiere a la capital]... pero acá no. Para

las vecinas yo era un chico “delicado” y muy creyente. Por eso ellas me querían y creo que hasta lo aceptaban.

El contexto histórico y social de fines de los sesenta, en el que Genaro era “querido y aceptado” por sus devotas vecinas, representó para nuestro país –en consonancia con una serie de sucesos acontecidos en el mundo (4)–, una suerte de “revolución sexual discreta” (Cosse, 2010), que *relajó* las costumbres y en cierto sentido promovió una apertura para la construcción de *nuevos* modos y estilos de vida. Aunque, como oportunamente aclara Genaro, en el imaginario de las clases populares, este evento es percibido como un beneficio al que *sólo* se hallaban afectados los habitantes de las áreas urbanas y clasemedieras: “la gente del centro”. Pero, ¿eran realmente disímiles las vivencias en uno y otro lado? ¿Qué tan válido resulta establecer, en este sentido, diferencias de clase o de poder adquisitivo en el sentir de los niños y niñas disidentes de los años sesenta?

Veamos, el 6 de octubre de 2019, en su legendario programa de televisión de los mediodías, la actriz y conductora Mirtha Legrand le pregunta a una de sus invitadas, –Sandra Mihanovich, ícono de la visibilidad LGBTI+–: «¿Cómo descubriste tu sexualidad?» La respuesta fue: «No sé, me sentía más identificada con los personajes masc... (...) Me gustaba más hacer el rol de Robin Hood que la otra [personaje femenino]... No sé cómo explicarlo, me pasaba eso.» (5). Aunque cambia notoriamente el escenario y los protagonistas, las palabras, el contenido, no difiere demasiado de mi conversación con Genaro. Es frecuente hallar en los recuerdos antiguos de personas adultas LGBTI+, formas de *poner* el cuerpo, o actividades *que se hacen* con el cuerpo, reñidas con ese “orden social y sexual que impone su validez a todos, incluso a aquellos a los que atribuye en él un lugar negativo” (Eribon, 2004: 87), y que producen performances contrarias a los estereotipos “esperables” de la masculinidad (*coser, bordar, tejer, cocinar*), o la feminidad (*hacer de Robin Hood*). Al respecto, Connel (2015: 86) afirma: “la experiencia corporal es a menudo central en la memoria de nuestras propias vidas y, en consecuencia, en nuestra comprensión de quienes somos y de *qué* somos” (el subrayado es mío). En este sentido, tanto la pedagogía doméstica de las vecinas en la parroquia suburbana, como el rol deseado en una obra escolar del elitista Northlands, representaban sendas formas de subjetivación para ambas infancias *queer*. La famosa cantante y Genaro tienen exactamente la misma edad, crecieron en un mundo que era –¿lo es todavía?– hostil con los

niños y niñas “diferentes”. Y es por ello que sus testimonios, –a pesar de las innumerables desemejanzas que pudiéramos señalar en ellos– resultan en este punto tan coincidentes como significativos. Si bien, cada historia es individual, quien narra pertenece también a un grupo, cuyas agencias resultan productoras de imaginarios y memorias de conjunto, como sostiene Trejo (2018: 41) “los recuerdos, como la identidad, son un logro colectivo”.

Cuando me propuse entender el modo en que Genaro se construyó a sí mismo, para poder luego abrir y regentear su propio templo, conseguir y mantener una clientela fija. En suma, constituirse en un referente espiritual respetado y admirado dentro de su comunidad, comprendí que para ello debía *ir etnográficamente* lo más atrás que pudiera en el tiempo, ya que sólo así el trabajo de recuperación resultaría no sólo válido, sino históricamente significativo, permitiéndome avanzar y profundizar en el análisis.

Investigar este período [la historia reciente] significa internarse en una época que puede ser evocada por la memoria social viva. Los protagonistas no sólo pueden recordar los fenómenos aquí estudiados, sino que, al hacerlo, proyectan el impacto que esas transformaciones tuvieron en el derrotero de sus vidas, uniendo su biografía individual con la historia colectiva. (...) El énfasis en la autoridad emanada de la propia experiencia descubre un dilema consustancial a la pretensión de investigar un tiempo cercano y una dimensión cotidiana. Nuestra reconstrucción está interpelada por la memoria de los protagonistas, que inevitablemente confrontarán la multiplicidad de su experiencia con el resultado de una indagación histórica que no puede contenerla por completo (Cosse, 2010: 20).

En este sentido, una frase disparadora, dicha al pasar en mi primer encuentro con Genaro para propiciar el diálogo, y tan aparentemente simple como «contame de cuando eras chico, empecemos por ahí», implicó, no sólo atender al modo peculiar en que se articularon las identidades sexo-genéricas antes de la emergencia de las políticas identitarias de los años setenta y ochenta, sino abordar analíticamente una temática poco estudiada: la infancia *queer*, la memoria del niño *marica* en primera persona. No contamos para ello con demasiados antecedentes. En realidad, son muy pocos e insuficientes. En principio, varios trabajos desde la psiquiatría (Fernández Rivas, 2001; Bailey, Nothnagel y Wolfe, 1995; Isay, 1999; Chused,

1999; Haber, 1991), hacen alusión a la correlación existente entre el *comportamiento homosexual* del adulto y sus manifestaciones en la infancia. Destacan que es en este período vital, en que se desarrolla una de las líneas troncales para la evolución de la persona, el eje psicosexual, con todas sus posibles variaciones, entre ellas la inclinación hacia un determinado objeto de deseo. Ajuriaguerra (1980), quien ha recopilado una serie de casos destacable por su número, sostiene que basta preguntar al homosexual adulto, para saber que éste se reconoce precozmente. En el estudio citado, cuatro de cada cinco entrevistados afirman que sus primeras manifestaciones de deseo hacia personas “del mismo sexo”, se produjo *antes de los 9 años*, mientras que uno de cada cinco, ubica su comienzo en la pubertad.

En otro orden, el campo de los estudios literarios y la comunicación social, Carbajal García (2020), quien realiza un breve recorrido por la obra de Eugenia Vitteri, prominente representante de la literatura escrita por mujeres en el Ecuador, señala un singular momento de su narrativa, en el que emerge, –en conjunto con la imagen del exiliado– una representación de la infancia *queer* en el cuento *Florenxia*, publicado en 1977, donde la homosexualidad infantil femenina es retratada como “lo innombrable, aquello que la sociedad (...) durante mucho tiempo, ha pretendido ocultar y excluir” (Carbajal García, 2020: 101). Una niña distinta, una niña que desea a otra niña, pero no debe decirlo. Una niña que expresa en su recuerdo ya adulta, aquello que debiendo haber quedado oculto a la mirada de los demás, sin embargo, se ha manifestado. En nuestro país, Valeria Flores y Fabi Tron publicaron en 2013 *Chonguitas: masculinidades de niñas*, libro que compila cuarenta y cuatro testimonios de mujeres lesbianas adultas que recuerdan su “infancia masculina”. Inspirados en esta experiencia, Juan Manuel Burgos y Emmanuel Theumer, editaron en 2017 la antología *Mariconcitos. Feminidades de niños, placeres de infancia*, una interesante compilación que reúne un total de setenta y seis memorias de infancias maricas. La propuesta, se erige como un bastión de resistencia y de conquista identitaria para las voces de los cuerpos infantiles disidentes que el texto recupera:

Yo quería vestirme como lo hacían mis tías, mis abuelas y mi mamá. Con vestidos, tacones, turbantes, aretes, pulseras, perfumes y maquillaje incluido. (Sandy, p. 16)

Recuerdo mi gusto por las telenovelas, las muñecas y el arte en general. Dibujaba bellas damas con suntuosos vestidos (...) Aún no sabía que ese sería el punto de

partida para lo que, años más tarde, daría forma y consistencia a mi ser travesti y a mi concepto del no-género. (Santino, p. 24)

Viene a mi memoria un día en el cual mi hermano me dijo que sentía vergüenza de mí porque era muy amanerado, muy mariconcito, que no quería que yo saliera con él. (Len, p. 28)

Empecé a inventar algunos juegos con uno de mis amiguitos, en uno de ellos recreábamos situaciones sexuales con los muñequitos que teníamos, que para el caso eran representaciones de los héroes de la lucha libre. Sospecho que mi amigo los veía en clave heterosexual, pero yo no. (Mauricio, p. 38)

Crecí, entre plumas y lentejuelas, rodeado de una familia maravillosa que aprendió a ser cómplice de mi crecimiento. Hoy, además de Ezequiel, soy La Pocha. Un transformista que usa el transformismo para transformar. (Ezequiel, p. 40)

A fines de primaria, mirar con curiosidad a los compañeritos en calzoncillos, o las fotos de (lo que hoy llamaría) chongos en las revistas era casi un hábito y, aunque era un hábito culposo que no podía compartir con nadie (salí del armario con mi familia a los veintipico), me lo permitía: era mi secreto, no estaba fuera del armario, pero en el espejo sí me decía: “bueno, Beto, sos maricón, qué se le va a hacer”. (Beto, p. 86)

Mirarse en los medios

A efectos de profundizar en este recorrido, que busca entender las formas de *ser en el mundo* que Genaro debió hallar en su condición de niño marica, migrante, desertor escolar y solo asistido por la bondad y la compañía de sus vecinas religiosas, repasaré brevemente en clave analítica *queer*, dos producciones de esos años, dirigidas “a toda la familia”, pero sobre todo muy recordadas por el público infantil de la época entre quienes se hallaba, por supuesto, mi informante. En primer lugar, me remitiré a la primera serie de animación de la historia que se emitió en el *prime time* televisivo, entre los años 1960 y 1966: *The Flintstones* (*Los Picapietra*), de Joseph Barbera y William Hanna. En el episodio “The Dress Rehearsal” (“Ensayo del

vestido”), estrenado durante la tercera temporada de la serie en 1963, vemos a Pablo Mármol “disfrazado de mujer”, con un pañuelo en la cabeza y otro sobre los hombros haciendo las veces de chal. Pedro Picapiedra llega apurado, lo toma de la mano *como si fueran una pareja*, y ambos salen rápidamente en el auto de Pedro. En una actitud muy nerviosa, amanerada, y aflautando la voz, Pablo riñe a Pedro porque éste conduce a alta velocidad y no mira hacia el frente. Acto seguido son detenidos por un policía de tránsito y Pedro, para excusarse, le dice que el motivo del apuro es que su mujer está por dar a luz. El oficial se compadece de Pedro “por haberse casado con una mujer tan fea” (señalando a Pablo) “y por querer tener un hijo con ella”. El travestismo observado en Pablo, si bien no connota una *verdadera* identidad sexual, ya que el acto se justifica luego en el guion (Vilma está embarazada y Pedro y Pablo están ensayando una manera rápida de llegar al hospital cuando sea el momento), no deja de ser significativo para la época y el público al que se dirige (Martí López, 2011: 100-101). Me pregunto ¿cuántos niños como Genaro se habrán *puesto nerviosos* frente al televisor, o habrán sido luego burlados y señalados, repitiendo la improvisada performance *drag* de Pablo Mármol?

Un año después del estreno de “The Dress Rehearsal”, en el otro extremo geográfico del continente, *Mafalda* aparecía por primera vez en *Primera Plana*. Isabella Cosse ha observado que el personaje presentaba algunas oscilaciones o ambigüedades andróginas:

Ya en los bocetos iniciales, Quino había imaginado una tira en la cual se veía a una niña con un gran martillo en plena construcción de una camita de muñecas, pero que, en realidad, ella pensaba utilizar como diván de psicoanalista. En las primeras tiras de la historieta en *Primera Plana*, la malicia, la picardía y el interés (y uso) por las “malas palabras” de la “niña intelectualizada” prefiguraban caracteres concebidos socialmente como masculinos. La ambigüedad podía observarse, también, en los trazos fisonómicos. Caras de disgusto, seños fruncidos, ojos enojados y bocas en grito se oponían a las facciones dulcificadas, serenas y suaves que eran atribuidas socialmente a las niñas. Es decir, *Mafalda* asumía actitudes varoniles que habían determinado -y seguían haciéndolo- la construcción social de las diferencias de género. La niña/joven representaba, entonces, en sí misma las redefiniciones de género y las discusiones que ellas abrían. (Cosse 2014: 47)

Pero ni Pablo Mármol ni Mafalda pertenecían al espectro real de las disidencias sexuales, aunque muchos niños y niñas que esperaban y seguían sus aventuras, sí. De hecho, deberían transcurrir cuatro décadas desde entonces, para que a un personaje *dibujado* le fuera permitido salir legítimamente del armario. El 20 de febrero de 2005, la hermana mayor de Marge, Patty, revela su homosexualidad y se dispone a contraer matrimonio con otra mujer en el episodio “There's Something About Marrying” (“Casarse tiene algo”). El hecho no pasó inadvertido ni mucho menos, la *BBC* publicó el episodio antes de su estreno, anunciando que *Fox* haría pública la homosexualidad de un personaje de *Los Simpsons*, y después de su estreno, el *New York Times* analizó el fenómeno, explicando que se había abierto una guerra cultural en Springfield y que, la *infancia* se hallaba en el centro del debate. La periodista Sharon Waxman escribió en el diario neoyorquino, que mientras la izquierda y el colectivo LGBTI+ veían reconocidos sus derechos, los sectores conservadores religiosos de Estados Unidos criticaban a los responsables de la serie por tratar el tema del matrimonio gay. Brent Brozel, presidente de *Parents Television Council* (Consejo Televisivo de Padres) lanzó un comunicado en el que alegaba: “Los Simpsons es visto por millones de niños. ¿Ha de lanzarse el matrimonio homosexual como un tema? ¿No podemos simplemente entretenerlos?” (Martí López, 2011: 105). Mientras tanto, la Argentina, aun se hallaba a cinco años de la sanción del matrimonio igualitario y a siete de la Ley de Identidad de Género. Sin embargo, el templo del *pai* Genaro de Oxum cumplía su vigésimo aniversario de actividad ininterrumpida –tarea que continúa exitosamente en la actualidad– erigiéndose como un espacio que aloja, desde su fundación en la transición democrática, a un amplio grupo de personas *queer*, que al igual que su líder, encuentran en la espiritualidad afroumbandista “un espacio donde poder ser lo que es” (6).

Consideraciones finales

La entrevista en profundidad constituye para las investigaciones sociales una herramienta valiosa a la hora de abordar las diversas formas que adquiere la construcción de subjetividades en la historia reciente. Su implementación para explorar las representaciones de las infancias

no heteronormativas en la Argentina de los años sesenta mediante el testimonio del pai Genaro, se erige como un potente recurso para iluminar esta problemática poco explorada por los estudios académicos. En este sentido, la temprana socialización de personas LGBTIQ+ en la Argentina de los años sesenta debió recurrir en principio a espacios tradicionales –como la iglesia del barrio- reformulando la connotación general que poseen en el imaginario colectivo. El caso analizado es un ejemplo de cómo la religión puede otorgar un lugar de pertenencia a aquellos niños y niñas que son excluidos o estigmatizados en otras instituciones como la escuela, el club deportivo, etc.

Por otra parte, los dos personajes infantiles surgidos de la cultura de masas que son recuperados por los recuerdos del informante, instalaron potentes discursos en torno a los modos de ser de las infancias de la época. Tal como Genaro, muchos niños y niñas *queer* del período asistieron a estas representaciones de la infancia dirigidas a toda la familia: disruptiva y transgresora (Mafalda) o convencional y burlona (Los Picapiedras). Así, desde el periódico o la televisión, ambas opciones presentaban posibilidades de subjetivación, aunque en un sentido opuesto y algo velado tal vez, en una era previa a las políticas de identidad y la difusión de los derechos de las diversidades sexuales.

Notas

- 1) Casa religiosa africanista.
- 2) Energía vital. El vocablo posee una connotación positiva.
- 3) En junio de 2014, fecha de la primera entrevista que realicé para mi investigación doctoral.
- 4) Me refiero a los conocidos episodios y causas contestatarias, que expresaban el clima efervescente de cambios e ideas, que atravesó toda la década: la revolución cubana, las experiencias de descolonización, el mayo francés, la primavera de Praga, el poder negro, la revuelta de Stonewall, el Cordobazo, etc.

5) [Sandra Mihanovich habló de cómo descubrió su sexualidad](#) (consultado el 2 de mayo de 2020)

6) Extracto textual del testimonio del informante. Éste y todos los fragmentos recuperados en el artículo son producto de una serie de entrevistas realizadas al pai Genaro de Oxum en el otoño de 2014, en el marco de las exploraciones de campo iniciales de mi investigación de posgrado.

Referencias bibliográficas

Ajuriaguerra, J. (1980). *Manual de psiquiatría infantil*. Barcelona: Toray-Masson.

Arfuch, L. (2002). *El espacio biográfico: dilemas de la subjetividad contemporánea*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Bailey, J. M., Nothnagel, J. y Wolfe, M. (1995). Retrospectively measured individual differences in childhood sex-typed behavior among gay men: correspondence between self-and maternal reports. *Arch Sex Behav*, Dec. 24 (6), pp. 613-622.

Berger, P. (1971). *El dosel sagrado: elementos para una sociología de la religión*. Buenos Aires: Amorrortu.

Bourdieu, P. (2002). Efecto de lugar. En *La miseria del mundo*. México: Fondo de Cultura Económica.

Burgos, J. y Theumer, E. (Comps.) (2017). *Mariconcitos: feminidades de niños, placeres de infancia*. Córdoba: Creative Commons.

Carbajal García, S. E. (2020). Lo innombrable: exilio e infancia queer en la obra literaria de Eugenia Vitteri. *Textos y contextos. Revista de la Facultad de Comunicación Social de la Universidad Central del Ecuador*, N° 19, noviembre 2019-abril 2020.

Chused, J. F. (1999). Male gender identity and sexual behaviour. *Int J Psychoanal*, Dec. 80 (Pt 6), 1105-1117.

- Connel, R. (2015). *Masculinidades*. México D.F. UNAM.
- Cosse, I. (2014). *Mafalda, historia social y política*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Cosse, I. (2010). *Pareja, sexualidad y familia en los años sesenta*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- De Certeau, M. (2000). Andares de la ciudad. En *La invención de lo cotidiano I*. México: ITESO.
- Eribon, D. (2004). *Una moral de lo minoritario*. Barcelona: Anagrama.
- Fernández Rivas, A. (2001). Objeto transicional y fetiche en el trastorno de identidad sexual del niño. *Revista de Psiquiatría Infanto-juvenil*, N° 1, pp. 16-21.
- Ferrarotti, F. (1991). *La historia y lo cotidiano*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Haber, CH. (1991). The psychoanalytic treatment of a preschool boy with a gender identity disorder. *Journal Am Psychoanal Assoc*, 39 (1), 107-129.
- Isay, R. A. (1999). Gender in homosexual boys: some development and clinical considerations. *Psychiatry*, Summer, 62 (2) 187-194.
- James, D. (2004). *Doña María. Historia de vida, memoria e identidad política*. Buenos Aires: Manantial.
- Martí López, E. (2011). Homosexualidad, infancia y animación. Del nacimiento de Pebbles Picapiedra a la adopción de Ling Bouvier. *Con A de animación. Revista semestral del Grupo de Animación UPV*, N°1, pp, 97-118.
- Passerini, L. (1987). *Fascism in Popular Memory: The Cultural Experience of the Turin Working Class*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Portelli, A. (1991). Lo que hace diferente a la historia oral: recuerdos que llevan a teorías. En Moss, W.; Portelli, A.; Fraser, R. *La historia oral*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Trejo, N. (2018). Los relatos testimoniales de la infancia homosexual, una recuperación de la memoria colectiva. *Miradas Doctas*, N° 3, pp. 40-47.

Tron, F. y Flores, V. (Comps.). (2013). *Chonguitas: masculinidades de niñas*. Neuquén: La Mondonga Dark.